

El Porvenir del Obrero

N.º 132

Oficinas: Castillo 59.—Mahón (Baleares)

18 Febrero 1903

Número suelto 5 cts.—Trimestre 1 peseta.

Paquete de 30 ejemplares, una peseta.

El autor del crimen

REVIVE á cada instante el hombre primitivo, el guerrero de las tribus, el creyente de religiones monstruosas. Nos enardece la emoción de la sangre derramada y los detalles repugnantes del crimen del día son buscados ávidamente por el pacífico burgués en su periódico favorito. Los grandes criminales tienen sus admiradores, como los grandes guerreros.

El progreso moral se va realizando con desesperante lentitud á costa de grandes esfuerzos.

De pronto, un crimen más horrendo, una monstruosidad, nos conmueve á todos. La condenación es unánime, casi frenética; se piden los más crueles castigos, y de la palabra piedad, si alguno la pronunciase, se protestaría con violencia.

Frente á este caso nos hallamos. He aquí como lo cuenta *El Liberal* del lunes, 9 Febrero:

«Ha sido depositada en el cementerio, por orden de la autoridad judicial, una criaturita recién nacida que á las primeras horas de la tarde de hoy había sido extraída del mar en las inmediaciones del Andén de Levante de este puerto.

«Este suceso ha reunido en el sitio de referencia un numeroso grupo que comentaba el hecho, acriminando al desalmado autor con los más duros epítetos.»

Nada más dice el colega.

Peró el otro diario, *El Bien Público*, más expresivo, termina la relación «esperando que se descubra este misterioso secreto y se aplique el merecido castigo á sus autores.»

Y todos, hombres y mujeres, decían lo mismo; todos maldecían al autor del crimen horrendo, de la monstruosidad. Pero al autor nadie le veía y los puños crispados señalaban el vacío y las palabras amenazadoras no se sabía sobre quien iban á caer, y los castigos más crueles corrían el riesgo de no poder ser aplicados... Cuando á la multitud se dirigió un hombre y dijo:

—Yo conozco al criminal; conozco al culpable, no solo de haber arrojado al mar esta criatura, que ha perdido la vida antes de conocerla, sino también de otro crimen mayor, cual es el haber arrancado de las entrañas de una madre lo que está más hondo y más en lo vivo: el amor á sus hijos.

El morir le ha costado un gemido á este pequeño. Para su madre el haberlo perdido representa, el amargor de todas las alegrías de la vida, el remordimiento eterno.

Maldecís á la madre todos, precisamente la más desgraciada, y muy pocos recordáis al padre, porque es costumbre que sea en el hombre una gracia que se ríe lo que en la mujer es una infamia que no se perdona. ¿Qué responsabilidad le alcanzaría si los tribunales llegasen á poner en claro el delito? Vosotros mismos, si le conocéis mañana, no dejaréis de tratarle como amigo, ni de realizar con él negocios, ni siquiera le impediréis seriamente el trato con vuestra familia. Pero á la madre ¿quién la amparará una vez descubierta su deshonra? Quién la consolará de la traición de aquel en quien puso su confianza y que luego la abandonó miserablemente? ¿Donde hallará amistades, consideraciones, respeto, cariño, cosas tan necesarias á la vida como el alimento del cuerpo? La práctica lo enseña: son muy pocas las que no acaban en los horrores de la baja prostitución.

En cambio, si logra que nadie conozca su des-

gracia, si consigue ocultar su deshonra, continuará en su casa, respetada, considerada, rodeada de los suyos y deseada por los de fuera, y en disposición de contraer más adelante un matrimonio ventajoso.

¿Veis ahora quien es el criminal, el que ha tirado este niño al mar y tantos otros á las alcantarillas, ó—y no sé lo que es peor—al torno de las Inclusas?

Los criminales sois vosotros, vuestra mentalidad primitiva, vuestra moral vergonzosa, vuestra idea de la honra imbécil y malvada. Por la honra contrariáis las leyes de la naturaleza y en nombre de la honra negáis el derecho á la vida. ¿Cómo extrañar luego que ese falso concepto produzca desastrosos resultados?

Calló el hombre y los concurrentes marcharon tristes, silenciosos. Le habían oído y de momento le habían comprendido. Se reconocían culpables. Culpables por sus pensamientos, por sus palabras, por sus acciones conducentes al mal, y, más que nada, por su falta de energías para realizar el bien.

Se reconocen culpables, pero mañana escucharán al cura que les predica los más grandes absurdos morales, y entregarán sus hijos al cuartel para sostenimiento de las instituciones que perpetúan el mal.

Oirán contar que hay unos hombres que procuran la destrucción de todas las perversidades del régimen presente, las causas y ocasiones de los crímenes, todo lo que sea estorbo para la felicidad humana, y serán pocos los que se sumarán á esos hombres, á esos revolucionarios que anhelan una humanidad feliz.

Peró el árbol malo no dará buenos frutos, y mientras no se destruyan los errores que sirven de fundamento á la sociedad actual, mientras el privilegio injusto y la mentira odiosa no sean barridos por la saludable tempestad revolucionaria, se reproducirán los crímenes y las desdichas.

Hay que derribar las viejas instituciones y aniquilar en nosotros mismos las ideas y sentimientos atávicos que, como el actual concepto de la honra, solo pueden dar frutos de muerte.

El progreso moral avanza lentamente; pero la destrucción de cada error es un paso en firme.

CRÓNICA (*)

Y murió en silencio

«La risa la reputé por error, y dije al gozo:—¿Por qué vanamente te en-gañas?»

(Eclesiastes, cap. 11, vers. 2.º)

«Oídme los de duro corazón, los que estáis lejos de la justicia.»

Yo tenía el alma pronta á la risa, abierto el corazón al sano contento de vivir.

Acababa de leer las coplas del Arcipreste de Hita. Gustando el dejo picante de su musa regocijada y fresca, franca en la burla y en el decir aguda y retozona, quise olvidar que es la existencia dolor y llanto.

Pretendía convencerme de que era la vida alegre como día de sol, dichosa como amor que no exige fidelidad y constancia.

(*) Obrero el primer premio en el Concurso de crónicas de *El Liberal* de Madrid.

Me hallaba muy cerca de afirmar que era la mujer, como la esposa tierna y delicada del *Cantar de los Cantares*, flor del campo y lirio de los valles, huerto cerrado, fuente de aguas vivas; muy lejos de juzgarla como el Eclesiastes la pinta: más amarga que la muerte, con corazón que es red y manos que son prisiones.

Anhelaba saborear los goces que, regalando los sentidos, son deleite del alma. Pensaba que era la boca, y no la frente, el sitio de los besos.

Tenía razón el ingenioso Arcipreste. Dos cosas sólo mueven al hombre en la vida: «mantenencia y ayuntamiento con fembra placentera».

¿Para qué dolores? ¿Para qué tristezas?

Nada de adornar, con los colgajos y los llorones flecos de una literatura falsamente affigida, un drama vulgar: *el crimen de tercera*, á la antigua, vaciado en los viejos moldes de Caín, sin complicadas psicologías ni refinamientos de crueldad y perversión; el suicidio con carta al juez de guardia, producto diario de la vida. Era preferible reír: la risa, me dije, es la salud del alma.

Y, sin embargo, no reí.

Algo más profundo y doloroso que suicidio romántico de amor ó tragedia de celos atribuló mi alma, pronta á la risa: mi corazón, abierto al sano contento de vivir.

Los periódicos del 15 dieron la noticia.

Es drama manso, silencioso, sin sangre ni estrépito. Un hombre, con indudable derecho á la existencia, se dejó morir de frío: acaso con anhelos de vida, se abandonó á la muerte; tal vez débil, no se lanzó á conquistar por la fuerza lo que no pudo conseguir con el propio trabajo ni de la piedad ajena.

Oíganme los que se dicen cristianos, los que llenan templos y oratorios de cera y de flores, los que sufragan cultos en cumplimiento de vana promesa ó en petición de frívolo capricho, los que rodean de boato y brillo una religión de humildad y pobreza.

En la madrugada del 14 ha muerto un hombre en Madrid: lo mató el frío. Eran necesidad y miseria las solas dolencias de su cuerpo; tristeza y desamparo, las de su espíritu. Acaso no conoció traición de mujer ni ingratitude de amigo; que son amistad y amores sentimientos de lujo para quien padece frío y hambre.

Yo evoco la amargura infinita de su peregrinación por las calles solitarias, en la noche helada, silenciosa.

Si pretendió en huecos y portales esperar que alborease un nuevo día de desventura, no logró su propósito: los guardias le hicieron seguir calle adelante.

Pudo fingirse enfermo. ¿Para qué? No hay camas en los hospitales.

Tal vez con escándalo hubiera hallado abrigo en la cárcel.

Eso nunca. Era su libertad el único calor que le quedaba.

Y el desgraciado erró de quicio en quicio, vagó de puerta en puerta; no halló almohada para su sueño triste en las jambas duras: mordíale el cierzo serrano las carnes mal cubiertas.

Tal vez un impulso de desprecio le hizo huir de la ciudad cristiana, que le negaba calor y abrigo.

Llegó á las afueras. Delante, el campo se extendía, árido y mudo; una tapia le ofrecía apoyo. Se dejó caer.

Sentía sueño, mucho sueño...

Una sola luz brillaba ante sus ojos, débil y oscilante, perdida en el misterio de la sombra. Cantó un gallo. Ladridos, lejanos y tristes, rompieron el silencio de la noche.

Sentía sueño, mucho sueño...

Y durmiéndose en la vida, despertó en la muerte.

Esta es mi crónica: tiene en su sencillez el dolor; brota de su mansedumbre la amargura.

Un hombre que muere aterido sobre la helada tierra, frente al campo desolado y yermo, bajo el cielo azul, en la noche serena y clara.

Murió de hambre, de frío; no tuvo amor.

Durmióse cara á la luz, esperando el albor primero, nuncio del sol, que es fuente de vida. Quizás desperté en la región de la luz perdurable, donde se acaba el llanto.

¡Alegre Juan Ruiz! Seguro estoy de que tu recogijada musa habría trocado en lágrimas su risa, para cantar fin tan miserable.

Ya ves. No tuvo «mantenencia ni ayuntamiento con fembra placentera».

Enrique de Mesa.

El «boycott» á la prensa burguesa

Me dirijo á toda la prensa societaria, socialista y anarquista para proponerles una campaña de agitación contra la prensa burguesa.

Compañeros de todo el mundo: vosotros sabéis que esta prensa nos es hostil en todo.

Reclamamos la publicación de un escrito, y no lo hacen. Acudimos á sus redacciones para protestar de los atropellos de la burguesía, y no nos reciben, porque llevamos blusa ó vestimos modestamente.

Los intelectuales del societarismo, del socialismo y del anarquismo no son admitidos en la prensa rotativa; sus escritos son rechazados, y cuando no se amoldan á la tendencia del periódico para el cual lo dirigen, no se publican.

De las reuniones obreras dan siempre noticias falsas los corresponsales burgueses; de los obreros presos se dice que son vulgares criminales. En cuantos motines surgen á causa de las huelgas, los agresores fueron los obreros, los agredidos la fuerza pública.

Si vamos á destruir la mentira en todas sus manifestaciones y á trabajar porque la justicia prevalezca, debemos ocuparnos del *boycott* á la prensa rotativa.

La prensa burguesa representa al ejército, á la iglesia y á la burguesía. No cuentan estos tres poderes con otro sostén, y desaparecida esta columna el edificio de la burguesía, del ejército y de la iglesia se habrá venido abajo.

Del teatro no hablemos. Ahí no entra una obra con ribetes revolucionarios. Solo Dicenta ha podido conseguir aquí que pasaran sus dramas.

En los periódicos burgueses de Madrid no han podido entrar más escritores revolucionarios que Bonafoux, Dicenta, Morato y alguno que otro. Pero ninguno de ellos puede decir en esos periódicos lo que siente y piensa.

No es imposible el triunfo de las ideas cuando hay voluntad y perseverancia para llevarlas á cabo. La huelga general parecía una utopía irrealizable. Ya véis con qué facilidad puede llevarse hoy á efecto.

La huelga general y el *boycott* á la prensa burguesa, son dos tácticas revolucionarias que no podemos desaprovechar.

Si los obreros de todo el mundo se comprometen á no leer más prensa que la societaria, la socialista y la anarquista, es decir, la prensa que se ocupa preferentemente del principio económico, la Revolución Social se precipitará rápidamente.

Hacer ó no el *boycott* á la prensa burguesa es cuestión de vida ó muerte para el proletariado.

Y con objeto de poner manos á la obra, solicito la opinión de las siguientes publicaciones:

Revista Blanca, de Madrid.

El Socialista, id.

La Voz del Cantero, id.

Tierra y Libertad, id.

El Corsario, de Valencia.

Juventud, id.

Boletín de la Federación Regional de Trabajadores, de Zaragoza.

El Obrero Moderno, de Murcia.

El Pintor, de Barcelona.

El Productor, id.

La Huelga General, id.

La Tracción Ferroviaria, id.

La Tribuna Ferroviaria, id.

Boletín de la Escuela Moderna, id.

El Porvenir del Obrero, de Mahón.

Justicia, de Sevilla.

La Alarma, de Reus.

El Proletario, de Cádiz.

Adelante, de Santander.

El Ideal del Esclavo, de Sestao.

Fraternidad, de Oviedo.

La Aurora Social, id.

La Lucha de Clases, de Bilbao.

La Antorcha Social, de Ferrol.

El Rebelde, de Buenos Aires.

Se invita también á todos aquellos periódicos societarios, anárquicos y socialistas cuyos títulos no aparezcan en esta lista á que emitan su opinión.

Quedan igualmente invitadas las agrupaciones que luchan en sentido económico, cuya opinión puede manifestarse por cualquiera de los periódicos obreros.

Tanto á las colectividades como á los periódicos, se ruega el envío del número ó números donde traten de este asunto á la siguiente dirección: calle del Eguiluz, 6, pral. izq.—Madrid, y á nombre del que firma.

Francisco Macein.

(Se replica la reproducción en todos los periódicos obreros.)

Guerra á la guerra

El espíritu mama: la inteligencia es el pecho de una nodriza, y hay analogía entre la nodriza que da su leche, y el preceptor que da su pensamiento.

Victor Hugo.

El siglo XX no cabe duda que será la tumba de las desigualdades sociales que tantos ríos de sangre han costado y que desgraciadamente costarán aún; pero á medida que van transcurriendo los tiempos vamos perdiendo algo de la animalidad de las eras feroces. Sería negar el Progreso si negásemos el adelanto moral que se nota hasta en los mismos tiranos. Lo que hoy subleva los ánimos, en otras épocas pasaba como moneda corriente; vamos humanizándonos á medida que nos vamos descotolizando; pero falta mucho, muchísimo, para llegar á ese grado de cultura, única ley que ha de regir á los pueblos.

Las clases pudientes nada hacen en bien de la humanidad, que es como si dijésemos en bien de ellos mismos; no van hacia el Progreso, el Progreso les arrastra. Si son menos sanguinarios que sus antepasados, no es porque sean más buenos, es porque el obrero de hoy no recibe las órdenes del burgués de rodillas, sino de pie y con la cabeza alta. El obrero de hoy se asocia con su compañero de fatigas, se une con los afines y tiene establecida una lucha moral, que pasará en breve á ser sangrienta, con su enemigo el parásito. No contando como no cuenta el proletario, con maúser, ni cañones, ni parques de artillería, y por otra parte, no siendo sanguinario, gracias á su cultura, es de todo punto necesario de que merme fuerzas al gran coloso, ya que dichas fuerzas son sostenidas por el

brazo obrero. Las federaciones locales, las comarcales y la regional, considero que es de todo punto necesario el que tengan en cuenta y en primer término la cuestión militarista. Los obreros que estén próximos á ser llamados á las filas deben ser propagados sin cesar por nosotros y luego los profesores laicos, todas esas escuelas protegidas por las sociedades ó por obreros particulares, débesele exigir al profesor el que añada á su método una asignatura antimilitarista. Con los que ya son hombres, poca cosa podrá lograrse, más con la infancia puede lograrse, que en plazo de pocos años caigan todas las infamias y absurdos que sostiene el maúser, porque los brazos de los hombres se emplearán en crear y no en destruir.

Teresa Claramunt.

Barcelona, 7 Febrero.

El Archiduque Leopoldo

De las manifestaciones hechas por el archiduque Leopoldo Fernando de Austria y Toscana á un redactor de *Le Journal* de París, traducimos los siguientes párrafos.

Habla el archiduque:

Cierto, me he puesto en camino para ser útil á mi hermana, á quien compadezco. He querido marcar mi sentimiento de respeto por su acción, porque ella ha obrado bien, abandonando el orgullo de una corona por la alegría del amor... y del desprecio de los imbéciles. Mi futuro cuñado es digno de estimación; es un muchacho leal y sin segundas intenciones. He querido estrecharle la mano; pero una vez hecho esto, yo conservo mi independencia.

El viaje de mi hermana me ha servido de ocasión para realizar un plan que habia ido formando lentamente. Yo he salido de Austria por dos razones: un archiduque es por derecho de naturaleza y por su destino un sér inútil, un *entretenu* que no tiene el derecho de pensar, que no tiene el derecho de vivir su propia vida. Forma parte de un decorado anacrónico que no convence á nadie, ni á los figurantes ni á los espectadores.

He hecho también la vida de guarnición, en tiempo de paz. He servido en la marina, después pasé á la infantería, donde tengo el grado de coronel, pero nunca he mandado más de un batallón. A los diez y seis años sufrí un pequeño castigo; después nada, puede verse mi hoja de servicios.

Yo no era bien visto en Austria; tenía el defecto de hacerme querer de los simples soldados y de descuidar el trato de los oficiales por estar con los primeros. ¿Qué quieres? El pueblo me interesa más que el resto del mundo; es más *personal*. Se han publicado contra mi muchas calumnias. Que se pregunte en los cuarteles! que se hable á los soldados! que se les pregunte como yo participaba de su vida y les evitaba castigos estúpidos! No tenía ninguna razón para ofenderles con mi orgullo, y prefería enseñar á aquellos muchachos que eran mis iguales... cuando cumplíamos nuestro deber. Esto es subversivo allá en Austria.

Comprendo las calumnias de la prensa de los países imperiales; pero no puedo comprender las injurias de los periódicos libres que se publican en los países democráticos.

Un archiduque se cansa de su archiducado y de sus veinte mil florines de renta, con los que ha de mantener un servicio de honor enojoso. Este archiduque se marcha discretamente, se convierte en M. Woepfling y procura hacerse una vida de hombre libre. ¿Hay motivo para que se escandalicen los habitantes de los países republicanos? Sin embargo, ciertos periódicos de Francia recogen las miserias que se hacen correr en Viena y en Berlín.

Es posible que esto me lleve á publicar una obra escrita con sencillez y seriedad, donde explicaré las causas profundas de la decadencia de las familias reales. La idea del matrimonio está allí más rebajada que en cualquier otra parte. Es preciso que se sepa! La revolución del Estado, en Francia, fué preparada por los grandes señores del siglo diez y ocho. La revolución inevitable de la familia se está preparando por los desórdenes de las casas reales...

Hubiera podido casarme con alguna archiduquesa, vacía de cerebro, cargada de títulos, preocupada por

conseguir mejor sitio en la corte que tal ó cual de sus primas, y que me hubiera dado hijos raquíticos. Yo he preferido el amor de una muchacha sencilla, de modesta condición pero honesta, y, comprendedlo bien, caballero, ved en donde comienza la infamia contra mí. Hace seis años que elegí á esta jóven y no se ha separado de mí pensamiento ni un minuto. Ella no ha dudado un instante de mi eterna fidelidad. Para separarnos, me han llevado de una á otra guarnición. Se han ensayado todos los medios para alejarnos y mi madre, de quien no quiero hablar, llamaba á esto el cumplimiento de un piadoso deber.

Con delicadeza, se me indicó que entrase en la marina mercante. Los barcos no tienen condiciones saludables para los archiduques dimisionarios. Uno está pronto suicidado en la soledad de una noche. No; yo quedaré junto á la que es aún más bella en su alma que en el cuerpo. La veneración de Jean Woeppfing la consolará del desprecio de los archiduques, y yo contaré al mundo estas cosas en un libro que será el poema de quien no es sino un pobre matemático.

HAMBRE

MODOS, ó casi todos los periódicos, han publicado la noticia.

Dice así:

«El gobernador civil ha recibido un oficio de la delegación del Norte comunicándole que este centro de vigilancia ha intervenido en un suceso lastimoso.

Trátase de una familia habitante en la calle de Vargas, número 6, cuarto bajo, que presa de la más espantosa miseria y sintiendo ya los terribles efectos del hambre, fué hallada á punto de perecer cuando el delegado Sr. Casal, avisado por un vecino, se presentó en la mencionada casa.

En el cuarto, totalmente desprovisto de muebles, hallábase echados por el suelo Vicente Robles, de cuarenta años, albañil sin trabajo; su mujer Dolores Cañoveros, embarazada de siete meses, y dos niños de nueve y once años.

Todos los individuos de esta desgraciada familia encontrábase medio desnudos.

En los primeros momentos fueron socorridos con caldo, pan y leche, que los niños devolvieron dolorosamente, por no encontrarse en condiciones de digerir. Tal era el estrago que el hambre había causado en las pobres criaturas.

El gobernador se propone socorrer á la desgraciada familia, compuesta, según nuestros informes, de honradísimas personas.»

Aparto los ojos del suelto y miro instintivamente al calendario.

1903.—4.—miércoles.—Febrero.

1903.—Siglo XX de cristianismo.

¡Siglo XX!... ¡Cuántos progresos en el andar de centenares de años!

La imprenta ha perpetuado el pensamiento; el vapor ha acercado todos los pueblos; el telégrafo y el teléfono transmiten la palabra á través de inmensos espacios.

La medicina hace maravillas, la cirugía realiza prodigios.

¡Hombres, para qué tantos esfuerzos, para qué los desvelos y las luchas que todo eso representa, si no para garantizar la vida?

¡Vivir, vivir! Esa es la finalidad de todo.

Si no es el progreso fuente de vida, no es nada.

Guarda la imprenta el secreto de lo que fué, para que aprendamos en ello á huir de lo que en otros tiempos hizo la vida amarga ó la secó en flor.

Acercas el vapor los pueblos para que se acerquen con ellos los medios de vida, y la abundancia de los unos compense la escasez de los otros.

Transmite el telégrafo y el teléfono el pensamiento para avisarse más rápidamente las necesidades, y más rápidamente procurarse los remedios.

La medicina, la cirugía, la ciencia toda, ¿qué son sino el perpetuo requerimiento á la vida, la repulsa constante de la muerte?

Pero aún, ¡ay!, el pan no llega á todos; pero aún ¡ay!, mientras el agiotista suspende la circula-

ción del grano, procurando la carestía de lo que en realidad sobra, mueren de hambre familias enteras; pero aún, ¡ay!, corren desigualmente las aguas de la riqueza, que encharcan el palacio y dejan seca la cabaña.

¿Cómo es posible que os tengáis por dignos hijos de vuestro siglo, cuando no maldecís la desigualdad que subsiste, á pesar de los esfuerzos realizados por la humanidad para destruirla?

El hecho de que puedan aún morir en las ciudades, en medio de la vida, familias hambrientas, ¿no significa que se os ha olvidado lo principal?

La persistencia de mal tan grave ha de bastar á la historia del porvenir, para confundir vuestro siglo entre los siglos bárbaros.

Hay un tema de discusión que está antes que todos, y es el tema del hambre.

Parlamentarios, académicos, ateneístas, cuantos decidis preocuparos del progreso humano, ahí tenéis la primera preocupación, ahí tenéis la primera labor, ahí tenéis la obra más urgente: hacer imposible el hambre.

Un trabajador honrado, una mujer honesta, unos niños inocentes, pueden morir de hambre en nuestra sociedad tan bien organizada, con instituciones fastuosas, con ejércitos que luchan y ejércitos que rezan, con administración complicada, con tribunales que velan por la justicia.

No me digáis que la familia no ha muerto, que ha sido socorrida. Basta que haya sentido hambre, basta que deba á la limosna la vida á que le dió la naturaleza indiscutible derecho.

Habéis formado la sociedad reduciendo al hombre á la impotencia. Un salvaje no muere de hambre, porque tiene el derecho de apropiación y todo es suyo.

En buena hora que hayáis despojado al hombre del imperio omnimodo de su voluntad y de su fuerza. Pero si no habéis hecho eso en beneficio de todos los despojados y en nombre de la equidad, ¿con qué derecho pedis sumisión?

Ese padre que se deja morir y deja morir á los suyos sin protesta, es un envenenado por vuestros principios, es un amedrentado por vuestras amenazas.

Si no lo fuera, le habríais encerrado ya en vuestros presidios, porque os hubiera parecido un insulto su subordinación á vuestras ineficaces leyes.

Yo tenía una libertad, os puede decir el hombre hambriento, era mio en otras edades cuanto alcanzaba mi brazo y aseguraba mi fuerza. Se ha formado la gran sociedad de la civilización y del derecho, y he renunciado á mis bosques; con todos sus peligros, pero también con toda su caza y todos sus frutos; he renunciado á mi vida sin leyes y he tirado mi maza de piedra, mi espada de granito, mi honda, mi arco y mi flecha, y mi pica de hierro, y hasta las propias armas del moderno arte. Vivo desarmado. He renunciado á mi poder. He dado á la inactividad de esa civilización mis energías físicas y quizá hasta mis virtudes morales; pero lo he dado, lo he cedido todo, me he entregado su prisionero á cambio de algo, á cambio de mayor bienestar, á cambio de mayor seguridad de mi vida y la de los míos.

Donde se enmarañaba el bosque, se levantan hileras de palacios. No son míos. Las fieras no me acometen; pero el hambre llama á mis puertas y no puedo defenderme de ella, porque me lo habéis prohibido. Todas las ventajas de vuestra civilización son para unos pocos, que á título de dirigirme sólo me explotan. Rompo el trato, devolvedme la libertad que me habéis arrebatado, volvedme al bosque de que me sacasteis.

Vuestra civilización no me permite esperar al porvenir. Es tan desigual, que me hace tornar con envidia los ojos al pasado.

Esto podría decir el hambriento, y habrían de bajar la cabeza avergonzados, obispos, generales, legisladores y déspotas.

F. Pi y Arsuaga.

CARNAYAL

He aquí que por la fuerza supersticiosa de costumbres antiguas, van á malgastarse estos días los ahorros del obrero. Las privaciones del obrero y sus economías forzadas las derrocha esa senil burguesía, mostrando su decadencia.

¡Carnaval! Odiosamente zumba en nuestros oídos esta palabra, de resultados funestos para la humanidad. Presentase cada año el Carnaval como un monstruo gigante, cabalgando en el rocín de «la ignorancia».

En la baja sociedad, es decir, en la de los explotados, en la de los condenados á perpétua miseria, se descubre, no ya un rato de expansión ó placer, sino un enlace de estupideces é inmoralidades, que suelen terminar en la cárcel, el lupanar y el cementerio.

Se disfrazan los jóvenes, y se aprovechan para saciar rencores, para hacer públicas escenas que debieran estar ocultas, para meter sizaña, ó promover altercados, y usando un privilegio que les dieron las costumbres bárbaras satisfacen una necesidad creada por la ignorancia y sostenida por el fanatismo.

Por la noche jeso si que es artísticol vuelta á ponerse el disfraz, y al café, al teatro, al baile, á satisfacer el amor crapuloso nacido de la excitación alcohólica.

Hacia la madrugada, cuando la atmósfera es irrespirable, cuando el estómago está descompuesto, por los fermentos del alcohol que retuerce las tripas, con su irreparable mal humor, juegan las coquetas con su belleza y los borrachos revuelcan sus bocas hediondas por las de sus fingidas amadas. ¡Como pueden reirse los burgueses al ver que estas fiestas se repiten todos los años, concurriendo á ellas y haciendo alarde de sus groseras pasiones los ignorantes hijos del trabajo!

En estos días caen, seducidas por los cínicos señoritos, buen número de hijas de obreros, aduladas un instante y luego arrojadas al lupanar, donde la tisis, la anemia, el vicio, la puñalada del chulo ó el matasaños del hospital se encargarán de expedirle pasaporte de ida sin vuelta para las regiones de la sepultura.

En resumen: los pobres á la cárcel, á la prostitución ó al cementerio; los burgueses, después de escándalos, prosperias y obscenidades toman el coche y á dormir hasta la próxima.

Pueden estar tranquilos los burgueses; no tengan cuidado, mientras el pueblo se entregue brutalmente á las sucias diversiones del Carnaval, no les faltará carne de placer en los lupanares, ni carne de cañón en los cuarteles, ni carne de explotación en las fábricas. ¡Puede el baile continuar!

Cárcel de Carlet.

Miguel Martínez.

LA MANO NEGRA

LA hermosa y justiciera campaña emprendida en las columnas del semanario madrileño *Tierra y Libertad* por la inteligente compañera Soledad Gustavo adquiere de día en día mayor resonancia.

El relato de las infamias cometidas por los servidores de la burguesía y la demostración de la inocencia de los obreros que fueron ejecutados y de los que todavía sufren las penalidades del presidio, impresionan grandemente en el extranjero.

En las principales ciudades de Europa se realizan mítins y van adhiriéndose los pensadores y los literatos más renombrados. En Francia han tomado parte activa hombres como Jaurés, Drumont, Gérault Richard, Rochefort, Anatolio France, Haverly, Paul Adam, la eminente escritora que firma con el nombre de Severine y muchos otros, además de los conocidos que figuran en los grupos libertarios y en los periódicos *Les Temps Nouveaux*, *Le Libéraire*, etc.

En el diario *L' Aurora*, que tan brillante papel representó en la cuestión Dreyfus, el ilustre escritor Francisco de Presenssé ha publicado un hermoso artículo, del cual copiaremos los principales párrafos, expresión sintética de la impresión que este interesantísimo asunto está causando en el mundo.

Dice así el literato francés:

«Conocíamos el proceso de Montjuich. Habíamos apreciado plenamente la ferocidad de los verdugos; ha-

DE BARCELONA

13 Febrero.

biamos visto una partida de malhechores ingeniándose en inventar suplicios nuevos, refinados, diabólicos, para salvar a la sociedad, para calmar a los buenos y hacer temblar a los malos.

«Creímos haber notado todo el fondo de la crueldad y perversidad policíacas y decíamos que esa tierra guerrera y fuerte que ha producido tanto héroe—por tales entiendo, no a los matamoros ó capitanes de ópera cómica, sino a los oscuros servidores de la Idea y la Justicia—también había engendrado, como en tiempo de la Inquisición y de sus Familiares, toda una raza de monstruos!»

«Ni siquiera sabíamos hasta que punto era verdad esto. El extremo del velo que acaba de levantarse sobre el famosísimo asunto de la «Mano Negra» nos han permitido ver un conjunto de iniquidades é infamias que superan a todo lo imaginable.

«La leyenda asesina se propagó tan hábilmente, que la misma historia—ya sabéis que la historia, es el tribunal infantil de la posteridad encargado de vengar los crímenes impunes—la historia imparcial y justa también había arrojado su paletada de tierra a la tumba donde están enterradas vivas algunas víctimas de aquella maquinación.

«Porque es preciso que se sepa y que la conciencia de los que han fibrado de simpatía por el inocente condenado de la isla del Diablo se penetre bien de esto: ¡hay en los presidios españoles ocho supervivientes de ese drama jurídico, uno de los más afrentosos que ha visto el país de la inquisición y de Montjuich! ¡Es preciso que ellos, que la Europa civilizada, oigan si es posible que un gobierno—de cualquier especie que sea—deje morir lentamente, desde hace veinte años de suplicios injustos, a los desgraciados trabajadores de Andalucía, sacrificados por un Yago policíaco, a su ambición sin escrúpulos.»

Presensé historia inmediatamente con nervioso estilo la invención de la «Mano Negra» y los procesos rojos instruidos por excitaciones del comandante Monforte, que tantas víctimas ocasionaron y después exclama:

«Tal es la sombría y trágica historia de un puñado de campesinos legalmente asesinados por un polizonte, varios magistrados y algunas autoridades con la complicidad de la prensa y de la opinión. Todos esos hombres son inocentes. Las pruebas son palmarias y pueden presentarse a cualquier jurisdicción imparcial. Esas víctimas han arrastrado suficiente tiempo una existencia horrible en los presidios de su Majestad Católica. Piden justicia, ó mejor dicho, reclaman justicia ó la muerte antes que la prolongación de su suplicio intolerable.

«Se trata de saber si hay conciencia en el mundo civilizado. Si en algún tiempo ha habido una causa, justo es sin duda la de esos pobres párias del orden social sacrificados al terror de una clase. La opinión pública se emocionó antes con los infucos sufrimientos del capitán Dreyfus. Hizo bien.

«Si ahora no se emocionase al conocer las torturas de esos infortunados; si los buenos y sensibles burgueses que salieron del caparazón de su egoísmo y de su impasividad cuando el *affaire*, moviesen ahora la cabeza diciendo que el caso presente no les interesa; si la prensa—no habló de la prensa inmundada consagrada por definición a la defensa de todas las malas causas y que mancharía las buenas; si pudiese—si la prensa, repito, observa un silencio punible sobre esos ocho desgraciados que sudan desde hace veinte años, sudor de agonía en las galeras del rey de todas las Españas... yo no creo que por esa bancarota del sentido moral se desaliente el puñado de escritores que se han adherido a esta justa y necesaria causa de redención: y en cambio quedará demostrado que en nuestra sociedad capitalista no sólo se carece de justicia, pero también de humanidad, de piedad y de misericordia para los pequeños, los débiles y los humildes.

Francis de Presensé.»

¿Donde está Dios?

por M. Rey

Precio de cada ejemplar, 10 céntimos.

A los corresponsales descuento de 40 por 100.

Toda la prensa burguesa comenta con alborozo el fracaso de la huelga general que se intentó aquí el lunes último por solidaridad con los huelguistas de Reus. El gobernador no oculta su satisfacción y quiere para sí todo el mérito del fracaso. Poca, muy poca parte le corresponde al Sr. Espinosa de los Monteros, pues la huelga general había fracasado ya antes de intentarse y hasta creo que ha sido bueno el que haya sucedido así.

Como ya os dije, no había preparación para hacer un acto que fuera verdaderamente de efecto. Por lo tanto, los grupos creyeron que para hacer lo mismo que en febrero del año pasado, mejor era no hacerlo; pues si entonces resultó hermosamente y se asustó la burguesía con bastante motivo, la repetición sin hacer algo que fuera sonado, solo conduciría a desmerecer la idea de la huelga general, y si se repitiese unas cuantas veces en la misma forma llegaría a convertirse en un 1.º de Mayo, que ya no asusta a nadie.

Además, para conseguir un movimiento tan grande como es el paro general, se necesita una causa seria que verdaderamente lo justifique. Cierro que aquí se seguían con interés todos los incidentes de la huelga de Reus y que todos los obreros barceloneses estaban interesados y sentían la solidaridad con aquellos compañeros en lucha; pero los huelguistas de Reus, aparte su resuelta actitud de no ir al trabajo, que les hacía simpáticos, no realizaron ningún acto de consciente rebeldía que excitase los ánimos de sus compañeros de otras poblaciones, y ante la actitud provocativa de sus patronos ellos se limitaban a recomendar cordura a sus compañeros en los mitins que celebraban.

Por otra parte, el paro general en Barcelona, que seguramente sería secundado por otras poblaciones de España, y probablemente algunas del extranjero, no ha de tener como único objeto el ganar una huelga de oficio, sino que ha de hacerse para ir ya directamente a la Revolución Social.

Claro está que para esto, aunque se ha trabajado mucho, no estamos todavía suficientemente preparados, y a este trabajo de preparación es a lo que hemos de dedicarnos, en los grupos y en las sociedades obreras, empleando en él todas las energías y todas las actividades.

Lo que demuestra bien el espíritu revolucionario que anima los obreros de esta capital, es la facilidad con que todos se convencían de la conveniencia de ir al paro general, a pesar de la oposición de muchos grupos revolucionarios, pues en favor del paro solo trabajaban los que estaban más directamente comprometidos con los huelguistas de Reus. Si los mismos revolucionarios que trabajaban en contra hubiesen hablado en favor de la huelga general, es seguro que se hubiera realizado con muchos bríos, y el gobernador no tuviera de qué alabarse.

Otra vez será, pero no es de desear que sea un nuevo ensayo, sino la verdadera Revolución Social que todos deseamos y necesitamos.

**

A consecuencia del intento del paro general, el gobernador civil ha decretado la disolución de la sociedad del Arte de Imprimir y de la Federación Local, disponiendo también sean presos los compañeros que componen las Juntas de ambas sociedades.

No sé los motivos en qué se funda para tal medida respecto a la Federación Local, aunque supongo serán los mismos que aduce para la sociedad del Arte de Imprimir. La comunicación que ha enviado a esta sociedad dándole conocimiento de su resolución, es un documento digno de que salga en letras de molde.

Los principales motivos que alega, son los de suponer que dicha sociedad tomó parte en la huel-

ga general del año pasado y en el último intento y además por creer que esta sociedad propaga el *colectivismo* y el *anarquismo*, con lo que demuestra el gobernador que no sabe lo que es ni una cosa ni la otra.

Es de suponer que el Juez del distrito del Parque que se ha encargado del asunto, dejará sin efecto lo hecho por el gobernador civil.

La policía ha practicado multitud de pesquisas, buscando a las Juntas de las sociedades disueltas, habiendo sido encontrados solamente dos compañeros vocales del Arte de Imprimir que fueron detenidos y puestos en libertad poco después.

También ha visitado los domicilios de varios compañeros, entre ellos Clariá y Callís, intentando entrar de noche y sin mandato del juez, pero ambos compañeros negáronse a franquearles la entrada aún después de traer este documento, hasta la salida del sol.

Estas cosas parecen de broma, pero acabarán un día muy en serio.

Julián Monzón.

ABONO DE LOS ÁRBOLES FRUTALES

Hemos recibido el estudio agronómico experimental por el Dr. C. Giner. Es este un interesante folleto en el que después de demostrar la utilidad de los abonos en los árboles frutales, se hace un concienzudo estudio de los factores que sostienen la vegetación de los mismos y modifican el efecto útil de los abonos, dándose las formas especiales para cada frutal y relatando varias experiencias acompañadas de excelentes fotograbados demostrativos de las grandes ventajas que ofrece el empleo del abono químico completo. El libro de que se trata reviste indudable utilidad práctica para los arboricultores, quienes pueden adquirirlo dirigiéndose a la Redacción de *La Agricultura Española*, plaza de Cajeros, 6.—Valencia.

FOLLETOS DE PROPAGANDA

- Porqué de la Huelga General—Contestación a Jaurés.—La acción económica.**—25 céntimos.
- Las dos fuerzas. Reacción y Progreso,** por José Sánchez Rosa.—30 céntimos.
- La Peste Religiosa,** por J. Most.—5 céntimos.
- Al Pueblo,** por J. Médico.—5 céntimos
- La Huelga General,** por J. L. Montenegro.—25 céntimos.
- El primero de Mayo,** Boceto dramático en un acto por Pedro Gori.—5 céntimos.
- El Botón de Fuego,** por José Lopez Montenegro, cada cuaderno 10 céntimos.
- El Trabajador y la Huelga Revolucionaria,** por el grupo editor de «La Huelga General», 10 céntimos.

De estos folletos no podemos servir paquetes a los corresponsales de fuera de la isla, por tener pocos ejemplares.

CORRESPONDENCIA

- SEVILLA —F. R.—Hemos enviado 100 folletos «¿Dónde está Dios?»
- TORRELLÓ.—Hemos enviado folletos.
- PARIS.—*Les Temps Nouveaux*.—Recibido certificado.
- ADRA —J. E. G.—Atendido.

OBRA NUEVA

CONGRESO REVOLUCIONARIO INTERNACIONAL

DE PARIS

Precio, 1'50 peseta.

B. Fábregues, imp. Nueva, 25.—Mahón.